

EL DISEÑO
DE DIOS
PARA TU FAMILIA

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Fulfilled Family*, © 2005 por John MacArthur, y publicado por Thomas Nelson.

Edición en castellano: *El diseño de Dios para tu familia* © 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Thomas Nelson, una división de HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Traducción: Ricardo Acosta

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®*, copyright © 1999 por Bíblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de la Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítanos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5867-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6756-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7577-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

*A mi querida familia,
especialmente a mi amada Patricia.
“Su estima sobrepasa largamente a la de
las piedras preciosas”.*

PROVERBIOS 31:10

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
<i>La familia</i>	
1. El primer principio para la armonía familiar: <i>Sumisión mutua</i>	19
<i>La esposa</i>	
2. El papel de la esposa: <i>Sumisión, no esclavitud</i>	45
<i>El esposo</i>	
3. El deber del esposo: <i>Amar</i>	71
<i>Los hijos</i>	
4. El deber de los hijos: <i>Obediencia</i>	99
<i>Los padres</i>	
5. El deber de los padres: <i>Criar en disciplina y amonestación</i>	121
<i>Acerca del autor</i>	139

INTRODUCCIÓN

He estado hablando y escribiendo acerca del diseño de Dios para la familia desde los primeros días de mi ministerio. Una serie de sermones que prediqué hace muchos años sobre Efesios 5—6, en los que examino con cuidado lo que las Escrituras enseñan respecto a los papeles de los padres y de los hijos, ha sido durante tres décadas el juego de cintas y discos compactos más vendidos que nuestro ministerio ha producido. Primero publiqué un libro sobre la familia hace más de tres décadas.¹ Esa obra fue tan bien recibida que el editor la complementó algunos años después con una película en cuatro partes y una serie de videos.² Más o menos una década después escribí otro libro y produje una nueva serie de videos sobre

1. John MacArthur, *The Family* (Chicago: Moody, 1982).

2. John MacArthur, *How to Raise Your Family: Biblical Essentials for No-Regret Parenting* (Chicago: Moody, 1985).

la paternidad cristiana.³ A lo largo de los años he publicado otras guías de estudio y otros manuales sobre la crianza de hijos, a fin de proporcionar ayuda práctica sobre asuntos de la familia. Los padres han leído con avidez esos recursos y han pedido más.

Mientras tanto, en la iglesia que llevo pastoreando cincuenta años, las personas que acababan de entrar al grupo de jóvenes cuando yo llegué se han convertido ahora en abuelos. Al igual que sus propios padres y abuelos, ellos quieren ver que cada generación sucesiva de sus familias sea capaz de resistir las poderosas tendencias culturales que erosionan constantemente lo que queda del compromiso de nuestra sociedad para con la familia. Así que me han convencido de que vuelva a escribir enfocándome en el tema de la familia desde una perspectiva bíblica, esta vez en un sencillo manual que comunique lo esencial de lo que la Biblia enseña sobre la más fundamental de todas las instituciones terrenales.

Según la Biblia, Dios mismo estableció la familia como el elemento fundamental básico de la sociedad humana, porque consideró que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn. 2:18). Ese versículo se destaca claramente en la narración bíblica de la creación, porque cuando la Biblia describe los días sucesivos de la

3. John MacArthur, *Cómo ser padres cristianos exitosos* (Grand Rapids: Portavoz, 2000).

semana de la creación, el texto acentúa cada etapa de la creación con las palabras “vio Dios que... era *bueno*” (Gn. 1:4, 10, 12, 18, 21, 25). La bondad de la creación emerge en el inicio como el tema principal de Génesis 1, y la declaración “vio Dios que... era bueno” se repite vez tras vez, como el estribillo después de cada estrofa de una canción. Entonces, tras el sexto día de creación, finalmente se nos dice con atención especial: “Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era *bueno en gran manera*” (v. 31).

*Dios mismo estableció la familia
como el elemento fundamental
básico de la sociedad humana.*

Pero luego Génesis 2:18 nos lleva otra vez al final del día seis y revela que justo antes de que Dios terminara su obra creativa, solo quedaba algo que “*no* era bueno”. Todo aspecto del universo entero estaba concluido. Toda galaxia, toda estrella, todo planeta, toda roca, todo grano de arena, y toda molécula diminuta estaban en su lugar. Dios había creado todas las especies de seres vivos. Adán ya había puesto “nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo” (v. 20). Pero permanecía un notorio aspecto sin acabar en la creación: “Para

Adán no se halló ayuda idónea” (v. 20). Adán estaba solo, y necesitado de una compañía idónea. Por eso el acto final de la creación de Dios en el día seis, el paso perfecto que hizo que todo en el universo fuera *perfecto*, lo logró al formar a Eva de la costilla de Adán. Luego “la trajo al hombre” (v. 22).

Mediante ese hecho Dios estableció la familia para todos los tiempos. La narración de Génesis declara: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (v. 24). Jesús citó ese versículo en Mateo 19:5 para resaltar la santidad y la permanencia del matrimonio como institución. Un ministro cita ese mismo versículo prácticamente cada vez que une a dos creyentes en una ceremonia de matrimonio cristiano. Es un recordatorio de que Dios ordenó el matrimonio y la familia, y por consiguiente son sagrados delante de Él.

Por tanto, no es un simple accidente de la historia que las relaciones familiares hayan sido siempre el núcleo mismo de toda la civilización humana. Según las Escrituras, esa es precisamente la forma en que Dios diseñó a la familia. Y por consiguiente, si la familia se desmorona como institución, toda la civilización *finalmente* se desmoronará junto con ella.

En las últimas generaciones hemos sido testigos de ese proceso destructivo. Pareciera que la sociedad secular contemporánea ha declarado la guerra a la familia. Las relaciones sexuales ocasionales son algo

esperado. El divorcio es epidémico. El matrimonio mismo está en declive, ya que multitudes de hombres y mujeres han decidido que es preferible vivir juntos sin hacer un pacto o constituir formalmente una familia. El aborto es una plaga mundial. La delincuencia juvenil está desenfrenada, y muchos padres han abandonado deliberadamente sus papeles de autoridad en la familia. Por otro lado, el maltrato infantil en muchas formas aumenta. Las filosofías modernas y postmodernas han atacado los papeles tradicionales del hombre y la mujer dentro de la familia. Grupos de intereses especiales y hasta agencias gubernamentales parecen empeñarse en la disolución de la familia tradicional, abogando por la normalización de la homosexualidad, el “matrimonio” del mismo sexo, y (en algunas culturas hoy día) programas de esterilización. El divorcio se ha simplificado, la legislación penal sanciona el matrimonio, y el bienestar gubernamental premia el parto fuera del matrimonio. Todas estas tendencias (y muchas más como esas) son ataques directos a la santidad de la familia.

*Si la familia se desmorona como
institución, toda la civilización finalmente
se desmoronará junto con ella.*

Hoy día, cuando se representa a las familias en películas, teleseries y telecomedias, casi siempre se caricaturizan como muy disfuncionales. Alguien señaló recientemente que la única “familia” de televisión que con regularidad asiste junta a la iglesia son los Simpson, y aparecen como dibujos animados deliberadamente exagerados y cargados con las peores características imaginables, y diseñados principalmente para difamar y burlarse tanto de la iglesia como de la familia. Aun cuando parece broma, no lo es. Un desfile incesante de variedades similares de personas disfuncionales nos ataca en la televisión y el cine. Hollywood ha dado un sentido nuevo y amplio a la palabra *familia*.

Mientras tanto, los núcleos familiares tradicionales con un padre fuerte y confiable, y una madre cuyas prioridades están en el hogar, han sido desterrados de la cultura popular, haciéndolos parecer como si *fueran* caricaturas.

Aunque durante décadas muchos líderes cristianos han expresado con pasión sus inquietudes acerca de la disolución de la familia, la situación ha empeorado continuamente, no mejorado, en la sociedad en general. Comentaristas sociales seculares han comenzado a afirmar últimamente que el núcleo familiar tradicional ya ni siquiera es “realista”. Un artículo publicado no hace mucho por la revista en línea *Salon* declaró: “La familia estadounidense ‘ideal’

(un padre y una madre unidos por el matrimonio legal, y que crían hijos ligados a ellos por la biología) es una reliquia obstinada, un símbolo nacional que aún no se ha retirado como algo fuera de lo común e irreal”.⁴ El núcleo familiar simplemente no funciona en la sociedad del siglo XXI, según muchos de estos supuestos “expertos”.

Las filosofías modernas y postmodernas han atacado los papeles tradicionales del hombre y la mujer dentro de la familia.

Sin embargo, yo sé que tales voces están equivocadas porque he presenciado literalmente a miles de padres en nuestra iglesia que han puesto en práctica lo que la Biblia enseña en cuanto a la familia, por lo cual ellos y sus familias han resultado bendecidos en gran manera.

A medida que la sociedad continúa sus intentos enloquecidos de eliminar la familia, razón por la cual nuestra cultura se deshace cada vez más, hoy día es más importante que nunca que los cristianos

4. Amy Benfer, “The Nuclear Family Takes a Hit”, *Salon.com.*, 7 de junio de 2001.

comprendan lo que la Biblia enseña sobre la familia, y lo pongan en práctica en sus hogares. Es muy posible que el ejemplo que demos delante del mundo a través de hogares fuertes y familias sanas a la larga sea una de las pruebas más poderosas, atractivas y vivas de que cuando la Biblia habla lo hace con la autoridad del Dios que nos creó, y cuyo diseño para la familia es perfecto.

Lo que la Biblia enseña acerca de la familia es simple y directo, y se delinea claramente en unos pocos versículos en Efesios 5—6. Así que un estudio de ese pasaje será la base de este libro.

Casi cada vez que he hablado o escrito sobre la familia me he sentido atraído por Efesios 5:22—6:4, que es el pasaje bíblico fundamental sobre el tema. Trata con cada relación clave en el hogar. Fija cuidadosamente las dinámicas básicas de la familia como Dios diseñó que fuera. Y por medio de la pluma del apóstol Pablo, el Espíritu Santo nos ofrece un maravilloso compendio de las normas divinas más importantes para manejar la vida y las relaciones dentro de cualquier grupo familiar. Es un pasaje bastante corto, pero está enriquecido con la verdad simple y muestra cómo tener una familia espiritualmente realizada y gratificante. Así que dejemos que ese breve pasaje sea nuestra guía básica mientras vemos lo que la Palabra de Dios dice respecto a este tema vital.

LA FAMILIA

El discurso del apóstol Pablo en Efesios 5 sobre el matrimonio y la familia viene después de una larga sección en que instruye a los cristianos sobre cómo caminar en el camino de la fe. Él declara que los creyentes en Cristo no deben andar como los incrédulos (Ef. 4:17).

Pablo usa el lenguaje de cambiar de ropa para describir la transformación que anhela ver en los efesios: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (vv. 22-24).

El apóstol enumera varios pecados específicos que caracterizan una vida de incredulidad: mentira (v. 25), ira (v. 26), hurto (v. 28), palabras corrompidas (v. 29), y varias actitudes erróneas (v. 31). Insta

EL DISEÑO DE DIOS PARA TU FAMILIA

a los efesios a hacer a un lado tales cosas y reemplazarlas con bondad, compasión y amor. Luego, al principio de Efesios 5, Pablo resume lo que estaba diciendo con estas palabras: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (vv. 1-2).

1

EL PRIMER PRINCIPIO PARA LA ARMONÍA FAMILIAR:

SUMISIÓN MUTUA

Es vital entender que en Efesios 5 Pablo escribió sus instrucciones sobre el matrimonio para los cristianos. Dirigió toda la epístola a una iglesia. Los cuatro primeros capítulos tratan con la posición del cristiano en Cristo, y todo lo que Pablo dijo a padres, madres e hijos presupone que estaba hablando a creyentes. Si no eres cristiano no hay esperanza alguna de que puedas hacer de tu matrimonio y tu familia todo lo que Dios quiso que fueran, a menos que primero reconozcas tu necesidad de Cristo y confíes en Él como Señor y Salvador.

Obviamente, hay familias no cristianas que *parecen* tener éxito hasta cierto punto. Pueden tener hogares ordenados, con hijos bien educados y relaciones cercanas y duraderas entre los miembros. Pero dondequiera que Cristo no sea reconocido como Señor de la familia están presentes las semillas del colapso final. Tal familia no tiene verdadera estabilidad *espiritual* (especialmente en una sociedad en que la familia ya está bajo asedio) y, por tanto, está jugando con el desastre. Si aplicamos las imágenes de Mateo 7:26-27, dicha familia es como una impresionante estructura construida sobre arena. Cuando la inundación llega, es grande su ruina.

Después de todo, ya que Dios exige que se le adore de todo corazón (Dt. 6:5), y que es Él quien creó la humanidad, instituyó el matrimonio y diseñó la familia, es una locura creer que nuestras familias pueden ser lo que Dios quiere que sean si no le damos el primer lugar. La Biblia declara además: “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Jn. 2:23). Jesús mismo afirmó: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Y 2 Juan 9 expresa: “Cualquiera que... no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios”. Por eso la familia sin Cristo no tiene fundamento espiritual firme.

Además, aparte del conocimiento del Señor Jesucristo no tenemos motivación para la justicia,

ninguna restricción del mal, y ninguna capacidad real para obedecer de corazón lo que Dios ordena para nuestras familias. Este es entonces el fundamento esencial: Cristo debe ser lo primero en nuestros corazones y nuestras familias.

*La familia sin Cristo no tiene
fundamento espiritual firme.*

A propósito, recuerda lo que Jesús reveló: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt. 10:37). Así que Él *exige* ser lo primero en la familia. Solo cuando lo amamos más que a la familia es que podemos amar realmente a los nuestros en el sentido más exaltado y puro.

Si no eres creyente debes reconocer tu necesidad del Salvador, confesar que has pecado contra Dios, arrepentirte e invocar al Señor Jesucristo para salvación. Las Escrituras enuncian: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13).

EL PODER DIVINO PARA LA OBEDIENCIA

Desde luego, muchos cristianos que conocen y aman al Señor Jesucristo no viven de manera coherente

según los principios divinos para la familia. ¿Por qué? Porque no están llenos del Espíritu. Ese es el problema del que Pablo habla en los primeros veintiún versículos de Efesios 5.

La primera mitad del capítulo habla de cómo los cristianos deben andar. El versículo 2 pide *andar en amor*. A continuación reprende todo tipo de amor falso: fornicación, que es una corrupción del amor marital; impureza, que es un amor ilícito del mal; y avaricia, o amor al dinero y las cosas materiales (v. 3). Pablo también denunció el amor a las compañías mundanas amonestando a los efesios contra palabras deshonestas, necedades y truhanerías (v. 4) y advirtió que tales corrupciones mundanas del amor provocan la ira santa de Dios (v. 6).

Por tanto, Pablo dice en los versículos 8-14 que debemos *andar en la luz*. Ordenó a los creyentes a caminar “en toda bondad, justicia y verdad” (v. 9) y a no participar “en las obras infructuosas de las tinieblas” (v. 11). En otras palabras, este es un llamado a la vida santa y al pensamiento recto. A permanecer en la luz de la verdad. A caminar donde el sendero está bien iluminado y resplandeciente.

Luego en los versículos 15-17 pide *andar en sabiduría*. Ser diligentes (v. 15). Reconocer los peligros peculiares de los tiempos en que vivimos, y dedicarnos con sensatez a entender la voluntad de Dios (vv. 16-17).

Todas esas ideas se resumen y resaltan perfecta-

mente por el principio simple de los versículos 18-21: *andar en el Espíritu*. En otras palabras, deja que el Espíritu de Dios te controle y dirija en cada paso. Una cosa es ser creyente y, por consiguiente, poseer el Espíritu de Dios, y otra es ser poseído por Él para que controle cada aspecto de nuestro caminar. Así afirmó Pablo en Gálatas 5:25: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”.

Pablo hace aquí en Efesios 5 un paralelismo negativo entre ser llenos del Espíritu y estar llenos de vino. “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (v. 18). El apóstol no sugiere que podemos poseer el Espíritu en varias medidas. El Espíritu Santo es una persona indivisible (una de las personas divinas de la Trinidad, lo cual significa que Él mismo es Dios) y habita en alguien o no lo hace. Nadie tiene el Espíritu de Dios en medida parcial. Pero ser “*llenos del Espíritu*” es estar *controlados* por el Espíritu.

*Ser lleno del Espíritu es sencillamente
estar controlado por Él para que su
poder te domine en una forma positiva.*

El contraste que hace Pablo prueba lo que dice. Embriagarte con vino significa tener tus facultades

controladas por el alcohol, o entregarte a su influencia para que el vino te gobierne en una manera negativa. Ser lleno del Espíritu es sencillamente estar controlado por Él para que su poder te domine en una forma positiva.

Es decir, el Espíritu de Dios es quien nos faculta para vivir en obediencia a Dios. Es más, Él es la *única* fuente de poder que nos permite estar sujetos a la ley de Dios. Sin su poder no podemos ni siquiera empezar a agradarle u obedecerle de veras con motivos puros o con corazón sincero. En Romanos 8:7-8 Pablo advirtió expresamente eso: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”.

Por el contrario, quienes andan en el Espíritu y están controlados por Él llevan el fruto múltiple del Espíritu: “Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22-23). Por supuesto, esas cualidades se entienden como una receta para relaciones sanas, y en especial para una familia saludable. Por eso no es de extrañar que Pablo pase inmediatamente de la idea de ser lleno del Espíritu a una amplia exposición de cómo debe funcionar la familia.

Pero observa cómo se lleva a cabo la transición de un tema al otro. Pablo describe primero la vida llena del Espíritu en estos términos: “Sed llenos del

Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Ef. 5:18-21). En otras palabras, la *sumisión* es el principio singular que resume el carácter de una persona realmente llena del Espíritu. Es la clave y el toque final de la obra del Espíritu en nuestros corazones.

La sumisión es, pues, el tema con el que empezó el apóstol Pablo su mensaje acerca de la familia.

GRACIA PARA LA HUMILDAD

Con frecuencia las Escrituras llaman a los cristianos a ser personas humildes y sumisas. Aquí Pablo sugiere que la vida llena del Espíritu no es una lucha por la cima sino una batalla por el fondo. Eso es exactamente lo que Jesús también enseñó: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos” (Mr. 9:35). “Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:14).

Entonces, en una comunidad de creyentes el principio de la sumisión gobierna toda relación. Cada individuo se somete a todos los demás. Esa es la misma situación que Pablo describe en Efesios 5:21:

EL DISEÑO DE DIOS PARA TU FAMILIA

“Someteos unos a otros en el temor de Dios”. Pedro dijo lo mismo en 1 Pedro 5:5-6:

Estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo.

La palabra griega traducida “sumisos” es *juptássō* (de dos vocablos: *jupo*, “bajo”, y *tássō*, “alinear, ordenar, arreglar”). Habla de ponerse por debajo de los demás. Como cristianos, esta es la mentalidad que debería gobernar *todas* nuestras relaciones: “Con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:3-4).

*En una comunidad de creyentes
el principio de la sumisión
gobierna toda relación.*

Después de todo, ese fue el ejemplo que nos dio nuestro Señor, quien se negó a considerar su igualdad con Dios como algo a qué aferrarse. Bajó del cielo a

este mundo sin pretensiones de reputación, viniendo a la tierra en forma de un humano humilde —como un siervo— sometiéndose incluso a una muerte vergonzosa en la cruz a favor de otros (Fil. 2:5-8). Al hacer eso nos dio un ejemplo de cómo debemos proceder (1 P. 2:21).

Es por eso que debemos ser sumisos en todas nuestras relaciones con los demás. Esa es la esencia del carácter verdaderamente semejante al de Cristo, y también es el principio más importante que gobierna todas las relaciones personales para todos los cristianos. Se supone que los cristianos se someten unos a otros.

No malinterpretes ni apliques mal ese principio, pues no elimina la necesidad de liderazgo o el principio de autoridad. Sin duda tampoco elimina las posiciones oficiales de supervisión en instituciones estructuradas. En la iglesia, por ejemplo, los pastores y ancianos cumplen un papel de liderazgo diseñado por Dios, y la Biblia da instrucciones a los miembros de la iglesia de someterse al liderazgo espiritual de los ancianos en la vida y el contexto de la iglesia (He. 13:17). De igual modo, dentro de la familia los padres tienen el deber claro dado por Dios de ejercer autoridad y ofrecer guía e instrucción a sus hijos, y estos tienen el deber recíproco de honrar y obedecer a sus padres (Éx. 20:12; Pr. 1:8).

Es más, las Escrituras claramente enseñan que

“no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos” (Ro. 13:1-2). De modo que el principio de sumisión mutua no pretende ser una prescripción para el igualitarismo absoluto. Sin duda no significa que nadie deba estar a cargo de la iglesia, del gobierno, o de la familia.

El sentido común afirma la necesidad de estructuras de autoridad en la sociedad humana. Desde luego, la más grande de todas las estructuras sociales es una nación. Todo estado legítimo *debe* tener un gobierno. Ninguna nación podría funcionar sin autoridad. Dios mismo diseñó que la sociedad funcione bajo gobiernos. Por eso es que tanto Romanos 13 como 1 Pedro 2:13-17 nos recuerdan que Dios ordenó la autoridad gubernamental. Los monarcas, reyes, gobernadores, soldados, policías y jueces son todos necesarios “para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien” (1 P. 2:14). Sin ellos habría anarquía, y ninguna sociedad puede sobrevivir en anarquía.

Del mismo modo, incluso en la familia, la más pequeña de las instituciones humanas, se aplica el mismo principio. Una familia no puede sobrevivir en anarquía. Alguien debe ser responsable de la disciplina, la dirección, y el liderazgo espiritual. La

Biblia también reconoce esto, como veremos cuando profundicemos en Efesios 5 y 6.

El sentido común afirma la necesidad de estructuras de autoridad en la sociedad humana.

No obstante, cuando se trata de relaciones interpersonales dentro de tales instituciones, el principio de sumisión mutua debe regir el modo en que cada uno de nosotros trata a los demás. Hasta la persona en posición de autoridad debe ser como Cristo en su trato con todos los demás, lo cual por supuesto significa incluso estimar a los demás como superiores a sí mismo. Una vez más, Cristo mismo es el modelo de cómo es ese tipo de liderazgo, “porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45).

La sumisión mutua es entonces el principio que Efesios 5:21 explica: “Someteos unos a otros en el temor de Dios”. A fin de ilustrar y explicar más cómo se supone que funciona el principio de sumisión en el marco de las instituciones en que Dios ha ordenado autoridades para liderar, Pablo se volvió a la más fundamental de todas las instituciones humanas, la familia.

Él *pudo* haber ilustrado la autoridad y sumisión explicando cómo se aplica el principio al gobierno humano. Es más, Pablo hizo eso mismo en Romanos 13, y Pedro lo hizo en 1 Pedro 2:13-16. También pudo haber explicado el principio de sumisión mostrando cómo funciona en el contexto de la iglesia, y lo hizo en 1 Timoteo 2 y 3. Pero aquí el tema de Pablo era *la sumisión mutua*, por lo que usó la familia, la más pequeña y más íntima de todas las instituciones humanas, para demostrar cómo se supone que la sumisión mutua obra en un nivel personal e individual, sin eliminar la necesidad de la autoridad ordenada por Dios que gobierna toda institución humana.

UNA BUENA REGLA GENERAL PARA LA FAMILIA

Es obvio que el apóstol Pablo nunca imaginó por un instante que el principio de sumisión mutua eliminaría la misma idea de autoridad, porque al describir los diversos papeles en la familia dejó muy en claro que el esposo es la cabeza del hogar y que los padres tienen un papel apropiado y absolutamente esencial de autoridad sobre los hijos.

Sin embargo, es esencial observar que Pablo empezó con el principio de sumisión mutua. Ese fue su tema, y fue el principio fundamental que yace por debajo de todo lo demás que dijo respecto a la

familia. Si quisieras una sencilla regla general que hiciera más que cualquier otra cosa por asegurar la armonía y la salud en la familia, sería difícil pensar en algo más profundo o provechoso que el simple mandato que Pablo usó como trampolín en su amplia exposición de los papeles en la familia: “[Someterse] unos a otros en el temor de Dios”.

A menudo las esposas han sufrido las consecuencias de Efesios 5, como si este pasaje tratara con la subordinación de la esposa y el dominio del esposo en el hogar. He oído de más de un hogar en el que un esposo extremista y autoritario ha mantenido constantemente el versículo 22 (“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos”) sobre la cabeza de la esposa. También podrían tallar el versículo en un bate de béisbol y colgarlo sobre el fregadero de la cocina.

*La orden de someterse no
solo es para las esposas sino
también para los esposos.*

Pero esa clase de actitud es una violación de todo el espíritu del pasaje. Es interesante observar que en el texto griego la palabra para “sujetas” ni siquiera aparece en el versículo 22. La idea sin duda está implícita, pero la expresión griega es sobreentendida, omite

la palabra *sumisión* y confía en la fuerza del versículo 21 para clarificar el significado. En otras palabras, una traducción literal de los versículos 21-22 diría algo así: “Sométanse unos a otros en el temor de Dios. Las casadas a sus propios maridos, como al Señor”.

Así que ten en cuenta que el énfasis de Pablo está ante todo en la *reciprocidad* de la sumisión. Todos en la iglesia deben someterse a todos los demás. La orden de someterse no solo es para las esposas sino también para los esposos. Y los versículos 22-24 simplemente explican *cómo* las esposas deben someterse a sus maridos: con la misma clase de respeto y devoción que le deben a Cristo.

Pero si esa es la orden que la Biblia da a las esposas, ¿significa *realmente* el principio de la sumisión mutua que el esposo también debe someterse a la esposa? Sin duda así es. Pablo sigue diciendo en los versículos 25-29 que el esposo debe a la esposa el mismo tipo de amor y devoción que Cristo mostró por la Iglesia: “Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (v. 25). No existe acto más grande de sumisión que morir por alguien, y eso es precisamente lo que Cristo hizo por la Iglesia. Ya que a los esposos se les ordena amar a sus esposas del modo en que Cristo amó a la Iglesia, esto requiere el sacrificio máximo de sumisión y servicio a favor de la esposa.

Eso, desde luego, no quiere decir que el esposo deba renunciar a la autoridad y al papel de liderazgo

ordenados por Dios en el hogar. *Sí* significa que el modo de ejercer su liderazgo no es mandar despóticamente sobre su esposa y familia, sino servirles y sacrificarse por ellos con humildad como la de Cristo. El marido debe apoyar a la esposa, ayudándole a llevar las cargas y aliviarle las preocupaciones, aunque esto signifique sacrificar sus propios deseos para satisfacer las necesidades de ella. Se trata de una clase diferente de sumisión, no de sumisión a la autoridad propiamente dicha sino a una disposición amorosa de sacrificarse por la esposa, servirle, y buscar el bien de *ella*. En otras palabras, el propósito principal del esposo piadoso debe ser complacer a su esposa en lugar de hacer simplemente su propia voluntad y exigir obediencia.

El propósito principal del esposo piadoso debe ser complacer a su esposa en lugar de hacer simplemente su propia voluntad y exigir obediencia.

Pablo también sugiere que incluso hay un sentido verdadero en que el padre piadoso debe someterse a sus propios hijos. Nuevamente, el padre debe hacer esto, no renunciando a su autoridad paternal, sino más bien a través de servicio sacrificial y desinteresado prestado a sus hijos. En otras palabras, modela

su liderazgo según el ejemplo de Cristo, cuya mansedumbre predijeron los profetas:

No contendrá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz. La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio (Mt. 12:19-20).

He aquí cómo Pablo dijo que un padre debe mostrar sumisión a sus propios hijos: “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4).

Por supuesto, Pablo también ordenó a los hijos obedecer a sus padres, y a los siervos obedecer a sus amos. Pero nunca imaginó la sumisión como una calle de una sola vía. Al igual que los padres, los amos también deben mostrar respeto y bondad hacia sus siervos (6:9).

En resumen, todos en el hogar tienen el deber de someterse en algún momento y en alguna forma específica a todos los demás. Así es, las esposas deben someterse al liderazgo de sus esposos. Pero estos también deben inclinarse ante las necesidades de sus esposas. Ciertamente los hijos deben obedecer a sus padres; pero los padres también tienen el deber de servir y sacrificarse por sus hijos. Desde luego que los siervos deben someterse a la autoridad de sus amos; pero a los amos también se les ordena tratar

a sus siervos con dignidad y respeto, considerando hasta al siervo más humilde mejor que ellos mismos.

En otras palabras, Pablo ordena a cada cristiano ser ejemplo de sumisión y servicio a todos los demás. Ese sencillo principio es la clave de la armonía y felicidad en el hogar. Los hombres autoritarios que tratan de usar Efesios 5 como un garrote para mantener a sus esposas en una especie de sumisión servil, no han captado el propósito del pasaje. Aunque Dios te ha dado una posición de liderazgo, tienes el deber de someterte y asumir el papel de siervo, porque eso es exactamente lo que Cristo hizo por nosotros.

Pablo ordena a cada cristiano ser ejemplo de sumisión y servicio a todos los demás. Ese sencillo principio es la clave de la armonía y felicidad en el hogar.

Nuestro Señor fue muy claro en su enseñanza sobre este tema. Mateo 20:25-27 relata cómo Jesús reunió a los discípulos y les enseñó esta misma lección:

Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen

EL DISEÑO DE DIOS PARA TU FAMILIA

sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo.

UNA PERSPECTIVA ÚTIL PARA LAS PAREJAS CASADAS

El matrimonio mismo se basa en el principio de reciprocidad. No creas ni por un instante que la tarea de dirección dada por Dios al esposo relega a la esposa a un puesto secundario o destruye la unidad esencial de la relación matrimonial. El matrimonio es una sociedad, no un feudo privado para esposos dominantes. Esa verdad está entrelazada en todo lo que la Biblia enseña acerca de los principios del matrimonio y la dirección del esposo.

En primer lugar, las Escrituras dejan perfectamente en claro que hombres y mujeres poseen igualdad espiritual ante los ojos de Dios. Tienen igual posición en Cristo e iguales privilegios espirituales, porque todos estamos unidos a Él en la misma forma. Gálatas 3:28 explica: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. No existe ciudadanía espiritual de segunda clase. En Cristo y delante de Dios solo hay unidad. Somos iguales. Los hombres no son espiritualmente superiores a las mujeres.

No obstante, es obvio (y perfectamente obvio) que tanto las Escrituras como la naturaleza asignan papeles y funciones diferentes al hombre y a la mujer. La Biblia es muy clara en asignar al marido el liderazgo en cada familia, no a la esposa (Ef. 5:23). Las responsabilidades de enseñar y guiar a la iglesia son dadas a los hombres, no a las mujeres (1 Ti. 2:12). Pero ellas están equipadas de forma única y exclusiva para dar a luz y criar a los niños pequeños, y el cumplimiento de ese rol asegura que nunca podrán ser relegadas a una posición de segunda clase. (Creo que esto es precisamente lo que 1 Ti. 2:15 significa). Por regla general los hombres son físicamente más fuertes (1 P. 3:7 se refiere a la esposa como “vaso más frágil”), por tanto son responsables de llevar el peso y la labor más fuerte a fin de proveer para la familia y protegerla. Las Escrituras enseñan que Dios diseñó las diferencias físicas y las diferencias funcionales entre hombres y mujeres con un propósito, y por eso es que Dios distingue claramente los papeles y las responsabilidades de esposos y esposas.

*Las Escrituras enseñan que Dios
diseñó las diferencias físicas y
las diferencias funcionales entre
hombres y mujeres con un propósito.*

Sin embargo, recuerda que aunque los *papeles* del hombre y la mujer son claramente distintos, su *posición espiritual* en Cristo es perfectamente igual. Incluso el lenguaje bíblico de que marido y mujer se convierten en una sola carne destaca la unidad esencial entre ellos de tal manera que excluye la noción misma de desigualdad.

Es más, la forma en que la Biblia describe el papel del esposo como cabeza de su esposa resalta la igualdad espiritual de hombres y mujeres. En 1 Corintios 11:3 Pablo escribió: “Quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo”.

Nota varias verdades significativas que surgen de un solo versículo. Primera, Dios ha dado a cada esposo una responsabilidad clara de liderazgo espiritual, y los hombres no se atreven a renunciar a ese deber. El esposo, no la esposa, debe ser cabeza de la familia. Ese es el diseño de Dios. En todo hogar alguien debe tener en última instancia la responsabilidad de liderar, y la Biblia asigna inequívocamente ese deber a los hombres, no a las mujeres.

Segunda, el modelo del liderazgo del esposo es Cristo, cuya dirección implica no solo autoridad en liderazgo espiritual sino también deberes de cuidado, alimentación, protección y sacrificio personal. En las palabras de Efesios 5:28-29, “los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos.

El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia”. Ese texto echa por tierra cualquier idea de que la dirección del esposo lo hace en alguna manera superior a la esposa.

Pero en tercer lugar, fíjate en la declaración que viene al final de 1 Corintios 11:3: “Dios [es] la cabeza de Cristo”. Es decir, incluso dentro de la Trinidad una persona es cabeza. Dios el Padre es cabeza sobre Cristo.

¿No son todas las personas de la Trinidad completamente Dios, y perfectamente iguales en esencia? Por supuesto. Jesús declaró: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30), y “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9). Cristo “es la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15). “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). No hay desigualdad alguna entre las personas de la Trinidad.

*En todo hogar alguien debe tener en
última instancia la responsabilidad
de liderar, y la Biblia asigna
inequívocamente ese deber a los
hombres, no a las mujeres.*

No obstante, hay diferencias en función. El Hijo se somete voluntariamente a la dirección del Padre. El mismo Jesús que afirmó: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18), también aseveró: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Jn. 4:34), “no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 5:30), y “he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38). En otras palabras, aunque Padre e Hijo son iguales en esencia e igualmente Dios, actúan en papeles diferentes. Por propio diseño de Dios, el Hijo se somete a la dirección del Padre. El papel del Hijo de ninguna manera es *menor*; tan solo *diferente*. Cristo en ningún sentido es inferior a su Padre, aunque voluntariamente se somete al liderazgo del Padre.

Lo mismo pasa en el matrimonio. La esposa en ninguna forma es inferior al marido, aunque Dios ha asignado a esposos y esposas diferentes funciones. Los dos son una sola carne. Son absolutamente iguales en esencia. Aunque la mujer asuma el lugar de sumisión ante el liderazgo del hombre, Dios le ordena a este que reconozca la igualdad esencial de su esposa y la ame como a su propio cuerpo.

Todo esto ilustra maravillosamente el principio de sumisión mutua. Y se ilustra con más detalles en lo que la Biblia enseña acerca de la unión física de esposo y esposa. En 1 Corintios 7:3 Pablo escribió:

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido”. El apóstol reconoció claramente que cada miembro de la unión matrimonial tiene un deber hacia el otro, y les ordenó a ambos cumplir ese deber. Pero también declaró expresamente que cada uno tiene cierta clase de autoridad sobre el cuerpo del otro: “La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer” (v. 4). Vemos una vez más que cada uno debe someterse al otro. Ese mismo principio de sumisión mutua está incorporado en cada aspecto de la relación marital, comenzando con la unión física.

Una vez más, nada de eso niega lo que la Biblia enseña sin rodeos respecto al liderazgo del esposo. Pero sí demuestra claramente que la dirección del hombre no es un tipo de dictadura en que el resto de la familia existe solo para cumplir su voluntad.

En otras palabras, las funciones ordenadas por Dios en la familia no tienen nada que ver con superioridad o inferioridad. Francamente muchas esposas son más inteligentes, más sabias, más educadas, más disciplinadas, o tienen mayor discernimiento que sus esposos. Aun así, Dios ha ordenado la familia para que el hombre sea la cabeza, porque la esposa es “vaso más frágil” (1 P. 3:7) y por eso el esposo debe brindarle sacrificio personal y protección. La esposa

no queda así relegada a un papel inferior; es más bien heredera conjunta que participa de todas las riquezas mutuas del matrimonio.

Por sobre todo, el esposo como cabeza y la esposa como vaso más frágil deben practicar *sumisión mutua*, donde cada uno considera al otro superior (nunca inferior) a sí mismo. El principio de sumisión mutua también impregna tanto a la familia como a la Iglesia, de modo que en cierto sentido cada miembro de la familia, así como todos los cristianos, deben amarse “los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, [prefiriéndose] los unos a los otros” (Ro. 12:10).

Ese es el punto básico de partida para todo lo que Pablo tenía que decir en cuanto a la familia. El resto de su enseñanza —en la cual describió los papeles distintivos de esposos, esposas e hijos— se establece por tanto en el contexto de esta importantísima lección sobre humildad llena del Espíritu. Entonces este precepto esencial exclusivo establece los principios básicos de sumisión mutua, igualdad espiritual, tierno sacrificio personal, humildad piadosa, y servicio amoroso. Estos son la clave para la armonía familiar, y todo lo que viene después es simplemente una explicación del ambiente familiar ideal, el fundamento para construir un hogar verdadero.